

¿Tiene la Iglesia una visión machista de la mujer? ¿Cómo ha evolucionado la relación entre la institución eclesial y las mujeres? ¿Son las santas tan dóciles y sumisas, tan alejadas de nuestro día a día como las pinta la iconografía cristiana? ¿Las mujeres de los países católicos se han emancipado más tarde (si es que lo han hecho realmente)? ¿Cuál es la auténtica novedad que produjo la revolución sexual?

Lucetta Scaraffia participó en el feminismo de los años Sesenta y hoy es una de las voces católicas más autorizadas. En diálogo con Giulia Galeotti, responde con franqueza y lucidez a estas y otras cuestiones de sumo interés para comprender la condición femenina en la sociedad occidental contemporánea.

**Lucetta Scaraffia**, profesora de Historia Contemporánea en la Universidad La Sapienza de Roma, es especialista en historia religiosa, con particular atención a la religiosidad femenina. Es autora de numerosos libros, entre ellos *Dos en una sola carne* (Cristiandad 2011) y *La gran prostituta* (San Pablo 2015). Miembro del Comité Italiano de Bioética y consultora del Pontificio Consejo para la Nueva Evangelización, en 2012 fundó *Donne Chiesa Mondo*, suplemento mensual de *L'Osservatore Romano* (publicado en España por la revista *Vida Nueva*).



**Giulia Galeotti**, historiadora y periodista, es responsable de las páginas culturales de *L'Osservatore Romano* y una de las editoras de *Donne Chiesa Mondo*. Ha escrito varios libros, entre ellos *Historia del aborto* (Buenos Aires 2004) y *El velo* (Dehonianas, 2017).



ISBN: 978-84-9715-382-9

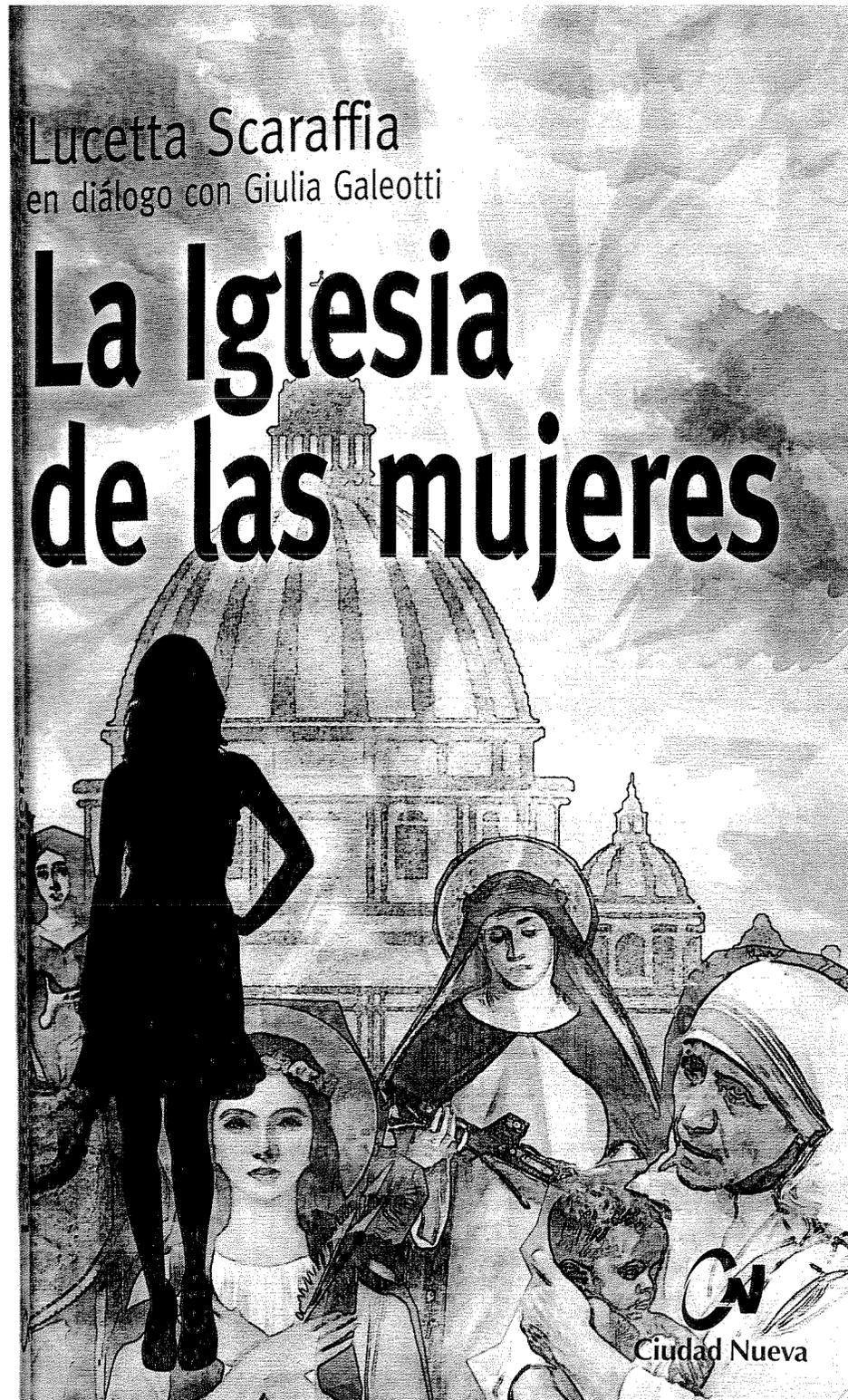


9 788497 153829



Lucetta Scaraffia  
en diálogo con Giulia Galeotti

# La Iglesia de las mujeres



Ciudad Nueva





Colección  
"Cultura y sociedad" - Enfoques

Lucetta Scaraffia  
en diálogo con Giulia Galeotti

# La Iglesia de las mujeres

Prólogo de M<sup>a</sup> del Mar Graña

  
Ciudad Nueva

## PRÓLOGO A ESTA EDICIÓN

MARÍA DEL MAR GRAÑA CID<sup>1</sup>

Título original: *La Chiesa delle donne*  
© 2015, Città Nuova Editrice  
vía Pieve Torina, 55 - 00156 Roma  
www.cittanuova.it

Traducción: *M<sup>o</sup> Dolores García Arnaldos*  
Edición: *Ana Hidalgo*

Diseño de cubierta y maquetación:  
*Antonio Santos*

© 2017, Editorial Ciudad Nueva  
José Picón 28 - 28028 Madrid  
www.ciudadnueva.com

ISBN: 978-84-9715-382-9

Depósito Legal: M-24.555-2017

Impreso en España - Printed in Spain  
Imprime: Afanias Industrias Gráficas - Alcorcón (Madrid)

La editorial Ciudad Nueva me ha pedido que prologue la edición española de *La Iglesia de las mujeres*. Respondo muy gustosa. Lucetta Scaraffia es una reconocida historiadora cuya obra sigo y leo desde hace mucho tiempo. Bien es verdad que en esta ocasión no estamos ante un libro suyo propiamente dicho. O, al menos, diríamos que es suyo solo en parte. Sin embargo, esta peculiaridad constituye uno de los atractivos y valores del texto que ahora ve la luz en España. Se trata de un trabajo que recoge varias voces: la de la propia Scaraffia como principal protagonista, la de su entrevistadora, Giulia Galeotti, y la de Alessandro Barban. Son asimismo diversos los géneros literarios empleados, pues la entrevista, que ocupa la mayor parte del libro, convive con el ensayo: así podríamos catalogar la interesante y extensa introducción escrita por Giulia Galeotti. Encontramos además diversidad temática al abrigo de la

<sup>1</sup> Doctora en Historia Medieval y profesora en la Facultad de Teología de la Universidad Pontificia Comillas (Madrid). Especialista en Historia de las Mujeres, su interés preferente se centra en la espiritualidad y la mística femeninas [Nde].

gran cuestión general reflejada en el título. Nos hallamos, en definitiva, ante un texto polifónico y poliédrico.

Es preciso partir de aquí para entender otros valores de la obra. Así, la plena actualidad de unos contenidos referidos a algunas de las cuestiones más importantes y candentes que hoy día se plantean en torno al tema «Iglesia y mujeres». O el hecho de que se haga desde una perspectiva histórica y no propiamente teológica. Ciertamente que la teología no puede explicarse ni desarrollarse cabalmente sin la historia y sus metodologías, máxime en el marco de una religión de la encarnación como es el cristianismo. Pero cabe añadir que la específica problemática de las mujeres requiere ser contextualizada en el tiempo y el espacio para poder ser entendida y, por consiguiente, resuelta. Todas estas características hacen que la lectura del libro mueva a reflexión y suscite preguntas. Es otro de sus valores, quizá el más destacado.

Quisiera exponer aquí alguna de las que pueden ser de mayor interés para el lector. Empecemos por el título. ¿De qué hablamos cuando planteamos la cuestión «Iglesia y mujeres»? ¿Este tipo de enunciados son una moda, un querer acomodarse a las nuevas inquietudes surgidas con los cambios sociales y políticos contemporáneos, sobre todo el feminismo? ¿Se trata de un problema real y que es preciso resolver?

Hay, indudablemente, un problema que debe ser resuelto. El papa Francisco viene pronunciándose sobre ello y ha señalado, al menos, tres ámbitos de acción necesaria. Uno es el «desafío» que «no se puede retrasar más» —en sus propias palabras— de brindar a las mujeres nuevas formas de presencia y participación en la Iglesia y en la vida

eclesial de modo que no se sientan «invitadas» o que perciban que su servicio es, en realidad, «servidumbre»<sup>2</sup>. Otro es el espacio teológico, donde ha de incrementarse la participación femenina<sup>3</sup>. El tercero es necesario para que los otros dos puedan llevarse adelante: «hay que hacer una profunda teología de la mujer»<sup>4</sup>.

La percepción de este problema tiene mucho que ver con el cambio contemporáneo de sensibilidad propiciado en parte por el feminismo. Pero quiero subrayar la expresión «en parte», porque creo que aquí radica una de las mayores dificultades que se plantean actualmente al abordar la cuestión. Es cierto que, tras la irrupción del movimiento feminista y las conquistas que se han logrado para las mujeres en el ámbito de la sociedad civil, ha habido un notable cambio de mentalidad y de costumbres en el mundo occidental. Sin duda, todo ello ha propiciado la reflexión sobre la concreta situación en la Iglesia. No deja de ser un proceso lógico y natural. Sin embargo, frente a quienes consideran que esto es una «moda» a la que la Iglesia no tiene por qué adecuarse o que el orden eclesial sigue sus propias reglas que no tienen por qué acompasarse a las del mundo civil, habría que responder que desde esos posicionamientos no se está respondiendo a la realidad de lo que sucede. Y no es la teología, sino la historia, la disciplina que nos brinda la clave.

<sup>2</sup> Cf. Discurso al Pontificio Consejo de Cultura, feb. 2015; palabras ante el Pontificio Consejo de Laicos, oct. 2013.

<sup>3</sup> Cf. Recepción a los miembros de la Comisión Teológica Internacional, dic. 2014.

<sup>4</sup> Cf. Declaraciones en el viaje de regreso de la Jornada Mundial de la Juventud de Río de Janeiro, sep. 2013.

La historia de la Iglesia estuvo dominada durante siglos por lo eclesiástico. Difícilmente hubiese podido ser de otro modo considerando que fueron los clérigos sus principales cultivadores y que la eclesiología dominante era de corte institucional. Los laicos y, por supuesto, las mujeres, no formaban parte de esa historia salvo raras y escasas excepciones, habitualmente presentadas desde el prisma de la superioridad clerical. Desde comienzos del siglo xx surgieron nuevos planteamientos historiográficos más atentos a lo social y lo mental que eclosionaron sobre todo en el meridiano de la centuria, tras la Segunda Guerra Mundial. Una nueva generación de profesores e investigadores laicos acometió la tarea de estudiar la historia de la religión y la espiritualidad en clave social. Estas nuevas metodologías otorgaron voz al laicado y permitieron comprobar que las mujeres habían tenido experiencias y comportamientos peculiares en el ámbito de lo religioso. Quiero subrayar que estos autores no tenían nada que ver con el feminismo.

Las «peculiaridades» femeninas incitaron a tirar del hilo y seguir indagando en esa dirección. Se comprobó que, en una medida importante, eran fruto de la diferente situación social y eclesial de las mujeres. Pero había más. Y aquí sí que es importante otorgar al movimiento feminista la importancia que se merece. El feminismo, entre sus múltiples aportaciones valiosas, ha incitado a replantear los enfoques, a formular preguntas nuevas. Ello ha enriquecido extraordinariamente la exégesis bíblica y el análisis de los documentos históricos. En contraste con el anterior punto de vista clerical, la modificación del enfoque ha sido completa. Si en un primer momento quizá se cargaron más las tin-

tas sobre los indicios de subordinación femenina, brotó después la necesidad de plantear lo que en castellano se viene denominando «agencialidad» al traducir del inglés. Es decir, una visión de la mujer como sujeto o agente y no como víctima, lo cual lleva a plantear la historia no desde la clave de lo que las mujeres no han podido hacer, sino de lo que han hecho. Ello ha abierto todo un mundo de posibilidades y nuevos caminos a la investigación. Constituye hoy día, sin duda, uno de los campos de estudio más ricos, activos e innovadores.

La investigación histórica está demostrando que las mujeres han tenido una historia propia y muy destacada en el cristianismo. Por su parte, la exégesis bíblica está llamando la atención sobre su peso central. En el libro se tratan estas cuestiones. Se subraya el protagonismo de una mujer, María, en el inicio de la historia de la redención, o el hecho de que Jesús entablase importantes relaciones con mujeres y las responsabilizase del anuncio de la Palabra. Podemos hablar, por ello, de la «feminidad del paradigma cristiano» como un elemento consustancial a nuestra fe. Asimismo, a lo largo de la historia cristiana las mujeres han sido agentes activas e imprescindibles en muy diversos campos, desde la evangelización a la espiritualidad. Este protagonismo y esta capacidad femeninas siguen estando de plena actualidad en la Iglesia de hoy, sustentada en buena parte por mujeres, tal y como nos recuerdan estas páginas. Sin embargo, todo ello contrasta de forma notoria y dolorosa con la situación femenina de subordinación y marginación institucional y teológica en la Iglesia.

Por consiguiente, plantear hoy la cuestión «mujeres e Iglesia» no obedece a un «estar de moda» ni implica un

«dejarse llevar» por el mundo civil. Antes bien, es ese contraste entre lo que se hace y lo que se reconoce, entre lo vital y lo institucional e, incluso, entre lo que pudo haber sido y lo que finalmente fue en el diseño eclesiológico, lo que nos incita a ello. Además, no se trata de una inquietud nueva: diversas autoras han cuestionado la situación femenina en la Iglesia a lo largo de la historia. Baste indicar aquí a título de ejemplo las inquietudes de Eloísa en su correspondencia con Abelardo en el siglo XII. O los subrayados que la abadesa clarisa sor Isabel de Villena realizó en el siglo XV sobre la especialísima relación entre Jesús y las mujeres a la luz de su gran erudición bíblica y de una exégesis realizada en clave femenina. Otro ejemplo fundamental que se aduce en este libro es el de Teresa de Jesús con su famosa oración-alegato incluida en *Camino de perfección*: en ella, precisamente, ponía el dedo en la llaga de este tremendo contraste entre la actuación y la actitud de Jesús respecto a las mujeres y la situación de ellas en la Iglesia de su tiempo, aquel difícil siglo XVI.

¿Qué ha pasado entonces en la historia del cristianismo? ¿Por qué las mujeres llevan siglos planteándose su situación eclesial sin que esta apenas haya cambiado? ¿Por qué, todavía hoy, seguimos dando vueltas al tema? ¿Por qué parece que es nuevo cuando no lo es?

Las respuestas a estas preguntas pasan por considerar varios conceptos importantes. Es el caso de «feminidad», «género» y «feminismo». A la luz de la historia de las mujeres cristianas y de su pensamiento, está meridianamente clara la necesidad de revisar el concepto teológico de feminidad y formular una nueva antropología de la mujer. Ello conduce directamente al problema del «género». Este tér-

mino está siendo objeto de un uso maniqueo fruto de la tendencia a la banalización propia de nuestro tiempo. Sobre todo, se está utilizando para nombrar el sexo de las personas —se habla de «género masculino o femenino» como equivalente a «sexo masculino o femenino»— o para afirmar que la diferencia sexual biológica es un construcción cultural. En realidad no se trata de eso, la metodología de género no tiene por qué negar la diferencia sexual, pues hace referencia a los específicos contenidos culturales asociados a cada sexo y a las relaciones jerárquicas que implican. Unos y otras se han construido y han evolucionado históricamente, se siguen construyendo de hecho, pues el sistema de poder patriarcal sobre el que se fundamentan apenas ha variado. Es un concepto muy esclarecedor para entender la historia de las mujeres.

En el marco de la Iglesia, el análisis de género muestra cómo se ha construido teóricamente la feminidad y los conceptos que se han solido asociar a ella, tan condicionados por la misoginia en una parte sustancial. Ello ha condicionado a su vez los roles permitidos a las mujeres en el marco institucional canónico. El contraste fue más que notable entre unos inicios cristianos de activismo femenino libre, incluso entre los movimientos religiosos evangélicos de la Edad Media, y un modelo institucional en el que, durante siglos, solo se admitió el monacato en clausura y con una propuesta de encerramiento progresivamente radicalizada. Recordemos que las formas femeninas de vida religiosa activa tardaron siglos en verse reconocidas en dimensión institucional pese a la lucha de las mujeres, muy visible, por ejemplo, ya en el siglo XV. Pero si la cuestión de la clausura ha sido uno de los frentes donde mejor se ha vi-

sibilizado esa ideología de género, hay indudablemente muchos más, desde los modelos de santidad a las normas de espiritualidad dictadas a las mujeres. Todos contrastan con la experiencia femenina, habitualmente mucho más rica y compleja, incluso reivindicativa, aun habiendo sufrido el freno de las imposiciones y los controles.

El hecho mismo de que la obra histórica y el pensamiento de las mujeres cristianas sean prácticamente desconocidos por parte de amplios sectores eclesiales y eclesiásticos, es un indicio claro del serio problema de fondo que hay. Básicamente, del hecho de que la institución eclesiástica y el pensamiento teológico oficial se han construido en torno a la masculinidad como centro y eje jerárquico, lo que ha conducido a la marginación y subordinación de lo femenino. En el libro se aducen varios ejemplos que lo ilustran de forma gráfica, y podríamos añadir otros muchos procedentes de distintas épocas históricas. Esto es un evidente problema de género.

Ahora bien, ¿quiero decir con esto que la Iglesia es una realidad patriarcal? Indudablemente, solo en parte. O, más bien, tendríamos que hablar de una realidad contradictoria: patriarcal y misógina por un lado, pero también igualitaria y aperturista por otro. Desde el campo de la investigación histórica se vienen señalando las denominadas «ambivalencias» del cristianismo. Con este término se nombra la dicotomía mental sobre las mujeres y la feminidad que ha sido característica de la tradición cristiana. Una de las grandes novedades aportadas por el cristianismo fue la proclamación de la igualdad entre los sexos en el orden de redención, igualdad plasmada en el nuevo rito iniciático del bautismo frente a la segregación femenina que implicaba la

circuncisión. Sin embargo, el orden de creación ha planteado problemas a los teólogos. Tal y como se ha realizado históricamente la exégesis del Génesis, se ha enfatizado la subordinación y una imagen negativa de la feminidad. Esta ha sido, de hecho, la fuente principal del pensamiento misógino que ha campeado durante siglos en la institución y que todavía hoy sigue vigente en muchos ámbitos.

Misoginia e igualdad, pues, han coexistido a lo largo de la historia de la Iglesia y siguen configurando nuestra realidad eclesial. La cuestión es que lo misógino ha permeado hondamente el ámbito de lo institucional, donde las mujeres apenas han hallado cabida o bien la han visto reducida con el paso del tiempo. En cambio, la igualdad y la apertura han solido darse más al nivel de lo eclesial entendido en términos sociales, o bien en la espiritualidad y la vida religiosa. La historia de las mujeres en el cristianismo se ha visto muy condicionada por esta doble realidad, mediatizada a su vez por los distintos contextos. De ahí que, si se pretende hacer honor a la verdad y aun sin obviar el evidente problema de género, ya señalado, no se pueda brindar planteamientos ni conclusiones monolíticas dominados por el victimismo femenino o una imagen de total dirigismo masculino. Sobre un innegable trasfondo de jerarquía de género, ha habido de todo en nuestra historia: prepotencia, sumisión, control, pero también libertad, creatividad o poder por parte de las mujeres. Hablamos de situaciones dinámicas e historiables, con aperturas, cierres, negociaciones, imposiciones..., muy condicionadas por los contextos. Una historia apasionante que estamos investigando.

Partiendo de estas claves, con el término «feminismo» no nombraríamos tan solo al movimiento contemporáneo

de lucha por la emancipación y la igualdad. Sería un concepto más amplio que podemos aplicar a toda conciencia femenina de injusticia de género en sus muy diversas manifestaciones posibles, entre ellas el pensamiento, la espiritualidad o la acción eclesial. En el marco de la historia cristiana tenemos muy abundantes ejemplos de ello.

Lo que hoy se plantea, pues, es una revisión de lo que es y significa ser mujer en clave cristiana y del lugar que las mujeres ocupan en la Iglesia entendida en su dimensión institucional y universal, no solo en lo que atañe a espacios concretos, como pueden ser los institutos religiosos, por ejemplo. Ello supone superar esa ambivalencia cristiana, el juego igualdad-subordinación, apertura-cierre, que ha condicionado nuestra historia. Mas ¿cómo hacerlo? ¿Hay que llevar adelante la revolución total? ¿Las mujeres han de adoptar los mismos roles que los hombres? ¿Hay que tomar «prestados» los cambios que se han llevado a cabo en la sociedad civil para implantarlos en el ámbito eclesial?

El diálogo con el mundo de hoy es sin duda necesario. Pero, en mi opinión, ha de realizarse a la luz de la historia y de la tradición y en clave de lectura de los signos de los tiempos, tal y como se llevaría adelante cualquier reforma en la Iglesia. Porque integrar de otro modo a las mujeres en el funcionamiento institucional y en el pensamiento teológico, si se pretende hacer bien, implica una renovación en profundidad de muchas cosas, una verdadera reforma. No basta con crear un dicasterio o un ministerio.

Además de la tradición canónica, es imprescindible conocer la tradición femenina. Esta se concreta en la historia de las mujeres y en el pensamiento que ellas han formulado, sus planteamientos teológicos. Uno de los retos actuales es

integrar esa tradición femenina en la común iniciando un diálogo con ella. Solo muy recientemente se ha comenzado a reconocer la existencia de «doctoras de la Iglesia». Teresa de Jesús, Catalina de Siena, Teresa de Lisieux o Hildegarda de Bingen han sido grandes teólogas, místicas y, en su mayoría, mujeres intrépidas en su capacidad de acción eclesial. Sin embargo, preguntémosnos: ¿el discurso teológico ha incorporado su obra al mismo nivel que la de los santos padres?, ¿se toma en cuenta de la misma forma en la reflexión actual? Más allá de la fama de santidad que hayan logrado, ¿sus acciones han tenido eco eclesial universal? La respuesta es, indudablemente, negativa. Pero, al igual que existe una Patrología, es necesario formular una Matrología donde se recoja la tradición del pensamiento teológico de las mujeres. Por lo demás, junto a estas «grandes» hay otras que esperan ser reconocidas al mismo nivel y otras muchas con obra teológica propia que, cuando menos, merece ser estudiada. Sin olvidar a las que han llevado adelante nuevos proyectos en la Iglesia, muy especialmente en el campo de la vida religiosa y la espiritualidad. Proyectos que también encierran un mensaje, un planteamiento eclesial y de acción concretos.

Conocer todo esto, tenerlo en cuenta es necesario para realizar esa «teología profunda» de la mujer a la que invita el papa Francisco. Pero hay otro aspecto fundamental: asumir la tradición femenina implica reconocer autoridad a las mujeres. Este es, a mi juicio, uno de los grandes retos de hoy y algo verdaderamente necesario para resolver la problemática eclesial planteada, por no decir la primera cuestión que ha de abordarse antes de pretender hacer cualquier otra cosa. Porque, por lo general, en la Iglesia —entendida en todas

sus dimensiones— no se reconoce autoridad a las mujeres. Se puede pretender rebatir esta idea acudiendo a la exaltación de lo femenino que es tan habitual en medios eclesiásticos y que resulta especialmente visible en la figura de la Virgen o las santas. Sin embargo, a poco que se analicen esos discursos, se descubre que suelen montarse a partir de clichés sobre la feminidad; en el caso de las santas bien documentadas, está claro que estos no se adecuan plenamente a su vida real. En el libro se señala entre otras a santa Clara, cuya lucha reivindicativa con el papado no se integró en su imagen hagiográfica y solo comenzó a conocerse en tiempos recientes, tras ser objeto de investigación científica. La exaltación de María o de las santas, por lo demás, suele inscribirse en un pensamiento dicotómico que ensalza la perfección de unas pocas privilegiadas frente a la imperfección del común de las mujeres. La tradicional dicotomía María-Eva, sustentadora del pensamiento misógino tradicional, sigue muy viva en este tipo de planteamientos.

Por el contrario, reconocer autoridad a las mujeres tiene que ver con admitir que tenemos historia, obra y palabra propias que no necesariamente se adecuaron a los modelos de la feminidad «ideal» pero que es necesario conocer, valorar y tener en cuenta a la hora de realizar cambios. No se trata, pues, de que las mujeres deban imitar a los hombres. Pero tampoco de que se mantengan los clichés habituales sobre la feminidad y lo femenino, sobre todo en planteamientos de complementariedad entre los sexos que, tal y como están formulados —esto es, desde la perspectiva masculina—, siguen reforzando la jerarquía y la segregación. El primer paso es conocer la obra de las mujeres y lo que han dicho o hecho. Se demuestra que la relación entre los sexos

ha sido muy importante para ellas y que han formulado distintos planteamientos desde la igualdad a la diferencia o la complementariedad. Asimismo, que han reflexionado sobre la autoridad y el poder. Se requiere un proceso de discernimiento y diálogo a la luz de todo este conocimiento histórico.

Si el Espíritu Santo inspira y conduce al ser humano a través de los signos de los tiempos, es evidente que estamos en un momento clave en el que hay que repensar muchas cosas. Revisar el lugar de las mujeres en la Iglesia conlleva hacer lo mismo con la Iglesia misma, toda la eclesiología. Una de las tareas pendientes es llevar a culminación la eclesiología de comunión y el concepto de Iglesia como «pueblo de Dios», tal y como se plantearon en el concilio Vaticano II. Ello significaría resituar lo institucional en un contexto más amplio y reformular las relaciones entre los distintos espacios y miembros de la Iglesia. Probablemente esta sea la clave más apropiada para revisar el papel de las mujeres. Pues no tiene mucho sentido pretender que ellas accedan sin más a los mismos ministerios que los hombres perpetuando, en todo o en parte, los problemas existentes.

Desde el punto de vista de la fe, no parece casual que sea ahora, cuando sabemos tanto de la historia de las mujeres, el momento en que se hace cada vez más evidente la necesidad del cambio. Cambio que, sin embargo, ha de mantener la coherencia con lo más específico cristiano en lo que atañe a la realidad femenina, esto es, la igualdad entre los sexos proclamada en el Evangelio, la señalada feminidad del paradigma cristiano y la tradición de acción, espiritualidad y creación teológica femeninos. Como muy acertadamente se afirma en este libro, ha sido en Occiden-

te, en las sociedades de raíz cristiana, donde nació el feminismo. Son aspectos que van de la mano.

¿Cómo ser fiel a esta especificidad cristiana? Para empezar, y retomando la cuestión de la autoridad femenina, creando espacios de diálogo paritario en la Iglesia donde los hombres no se arroguen el liderazgo y la autoridad sobre las mujeres y se pueda debatir a un mismo nivel. Donde se reconozca la obra histórica y teológica femenina, se conozca a fondo y se asuma. Donde las mujeres puedan expresar lo que quieren y necesitan siendo debidamente escuchadas y atendidas para poder reflexionar después sobre cómo podría hacerse realidad. Todo ello con el horizonte de lo que el Espíritu Santo está iluminando y movilizándolo en el mundo de hoy, a la luz de los signos de los tiempos.

Este sería solo un primer paso. Partiendo de aquí, habría que diseñar el modelo de reforma valorando los ministerios, las estructuras y los modelos de autoridad. Es muy interesante la idea que propone Scaraffia: el acceso femenino al cardenalato. El derecho canónico actual hace de ello una posibilidad viable. Y, aunque en este libro no se defiende la cuestión del acceso al sacerdocio, es sin duda un tema central que ha de ser debatido de forma seria y con calma, valorando detenidamente todas sus implicaciones. Pero insisto en que el problema de fondo no es tanto que las mujeres asuman los roles de autoridad y poder masculinos, sino que estos se repiensen y se integren en un modelo evangélico de comunión donde lo clerical no se identifique con lo jerárquico y el pueblo de Dios pueda estar presente de otra manera. Qué duda cabe de que lo verdaderamente importante es el anuncio de la Pa-

labra, la evangelización, el acercamiento de la gente a Dios y la plasmación en la vida del mensaje de Cristo en todas sus dimensiones. Mucho más que el hecho de que sean hombres o mujeres quienes lideren. Que lo que importa es la vivencia relacional humana a imagen y semejanza del amor y las dinámicas intratrinitarias, independientemente del sexo de las personas u otras diferencias. Pero esto no ha de ser razón para mantener por más tiempo situaciones de poder, dominio y segregación que para nada responden al Evangelio.

¿Estoy planteando un ideal escatológico, prácticamente una utopía, un horizonte solo posible en el cielo, tal y como entendieron algunas visionarias de la Edad Media y de los inicios de la Modernidad? La perfección es siempre un ideal inalcanzable para el ser humano, pero la tensión hacia su consecución ha marcado la vida y la historia en el marco del cristianismo. Trabajar por ella significa trabajar por la plenitud del ser humano, mujer y varón, en cuanto ser creado a imagen y semejanza de Dios.

28 de mayo de 2017

